

Dibujos de Antonio Fernández

LA exposición antológica del veterano artista galego Antonio Fernández en el Mercantil está constituyendo un auténtico acontecimiento en la vida vaguesa. La dignidad con que se ha montado, la aportación generosa de obras por el artista y por coleccionistas particulares y el sentido antológico de la muestra, redoblan el interés, si no lo tuviera ya por sí mismo cada cuadro colgado.

Aunque la obra de Fernández tiene extraordinaria unidad, y presenta unas características que con los años no han evolucionado apenas, sino que han ido aquilatándose, incluso quintaesenciándose hasta lo inefable, hasta donde parece imposible que pueda llegar la perfección en el oficio, la calidad puramente formal de la pintura, hay en la exposición tres apartados diferenciables: dibujos, paisajes y composiciones de figuras, aunque estas últimas vayan muchas veces fundidas con el paisaje. Y como hasta el maestro Fernández no había presentado

sus dibujos, comencemos el comentario por ellos.

Habitualmente, el pintor da en sus dibujos bocetos, ideas, aproximaciones a sus futuros cuadros. Sin embargo, hay notables excepciones, en los que la calidad de la mano jecutora es tal, que los dibujos permiten imaginar el color y han llegado a la misma absoluta perfección del óleo. Este es el caso de Antonio Fernández, cuyo realismo del mejor y más honesto cuño, le permite estudiar la morfología de un objeto, sea animal, vegetal o creado por la mano del hombre, con una precisión minuciosa, digna de una finalidad científica. Pero la carga plástica que lleva el pintor no le consiente olvidar nunca el resultado puramente gráfico, y así asistimos a esos espectáculos definitivos que son sus familias de alcornoques descortezados, los tejados de los barrios de Anticoli, la cabeza de un asno, los rostros humanos que, fotografiados, parecen permitir adivinar el color que no tienen, tal es la gradua-

ción maestra de sus entonaciones del blanco al negro, con la infinita gama intermedia de grises. Fernández es capaz, como Zurbarán, de identificar un objeto. Así sus árboles no serán "carballos" o "alcornoques" sino aquél determinado alcornoque sito en exacto lugar. Sus rostros, aunque anónimos, responden a nombres y apellidos y son el retrato permanente de una criatura, aunque haya sido convertida en el prototipo del campesino o del hombre de la mar.

Esa vena realista, tan abundante, no es bastante, sin embargo, para que olvidemos la línea de humor de Antonio Fernández, donde lo trágico es en él grotesco, donde la causticidad o la ironía se han posado en composiciones que arrancan de figuras como Valdés Leal o de versos del Dante, a quienes sin duda ama nuestro pintor. Las aguatinas están hechas con perfección que hubiera deseado para sus descripciones el viajero neoclásico Antonio Ponz. Y cuando Fernández utiliza la plumilla, el mismo del trazo llega a lo exquisito, como en ese tipo pintoresco que tanto recuerda la mano angélica del romántico Fortuny.

Los dibujos de Fernández, estudios para óleos, llevan implícita la gama cromática que después ha de utilizar el pintor, aunque no por eso dejen de ser, sean, en realidad, dibujos, en la más ortodoxa concepción del género.

¿Falta emoción en la obra de Antonio Fernández? ¿Cabría exigirle un mayor sentido creador, más temperamento artístico? Quizás, desde cierto punto de mira. Pero es que para entender a nuestro pintor hay que partir de su personal concepción del arte, es decir, de la aprehensión de la realidad, absoluta, íntima y externa a un tiempo, es su más elemental y por ello intensa verdad. He aquí una actitud indeclinable. O nos alistamos en la apreciación de la verdad misma, a veces humilde y hasta simple de las cosas, o no aceptamos la obra de Fernández. Mas, cuidado, que ésa es difícil, muy difícil sencillez a la hora de llevarla a un papel con el lápiz de grafito, el graso o el carbón y la tiza.